

comprobar el lector. La traducción, en un perfecto castellano que no se sujeta sino que supera el texto latino, acerca los términos de entonces al modo actual de expresarnos; su lectura, fácil y descansada, está además enriquecida con abundantes, esclarecedoras y profundas notas -las notas verdaderamente extraordinarias en todo el trabajo demuestran muy a las claras la autoridad de Martín Ferreira para adentrarse y ofrecer un estudio como el que nos ocupa-, que a veces justifican la traducción y otras la enriquecen.

Precioso y acabado trabajo, en definitiva, que cierra la autora -son los capítulos tercero y cuarto- con el glosario de fármacos ya aludido, con un práctico y selectivo índice léxico que intenta “recoger términos médicos en general y nunca vocablos gramaticales”, y con una adecuada y muy selectiva bibliografía. Estudio, para terminar, del que todos -historiadores, historiadores médicos, filólogos, medievalistas- nos tenemos, mientras felicitamos a Ana Isabel Martín Ferreira, que sentir satisfechos.

L. Charlo Brea

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento. Nuevos aspectos*. Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1996 277 pp., 20 ilustraciones.

El profesor M. Martínez nos agasaja con una segunda monografía dedicada al estudio de las Islas Canarias. Se trata de un volumen recopilatorio de distintos trabajos (artículos, ponencias, comunicaciones y reseñas) sobre el tema de las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento. La limitada difusión de alguno de estos trabajos y la “mutilación” de otros a la que, por estrictas razones de imposición editorial, se vio obligado, han llevado al autor a reunir en un único volumen este abundante y no menos interesante material. Hay que elogiar de antemano, por tanto, este trabajo por dos motivos: en primer lugar, por haber agrupado un material disperso, deferencia por la que el lector interesado y, sobre todo, el investigador le queda sumamente agradecido; y, en segundo, por haber realizado esa importante labor de ampliación y actualización de alguno de los trabajos, aportando así la nota original y remediando en gran manera la escasa novedad de la que, lamentablemente, los trabajos de compilación adolecen.

El libro reúne siete trabajos divididos en otros tantos capítulos. El primero, titulado “Escatología, mito, utopía y paradoxografía en la historiografía de Canarias” (pp. 19-53), es el que mayor novedad comporta con respecto a su primera versión, ya que ésta se vio bastante mermada (incluso en el título) por las citadas imposiciones editoriales. El hecho de haber sido durante no pocos siglos uno de los cuatro extremos geográficos del mundo conocido favoreció y propició la proliferación de una rica mitología en torno a las Islas Canarias que, como bien señala el autor, en ocasiones difícilmente se deslinda de lo real. El autor confecciona un elenco de fuentes clásicas (reales o supuestas) y temas míticos y llama la atención sobre la necesidad de considerarlos desde la óptica de cada uno de los cuatro epígrafes que se especifican en el título del capítulo que nos ocupa, a los que habría que sumar los periplos y toda la literatura de viajes.

El segundo capítulo, “Sobre el plural *Islas Canarias* en la Antigüedad” (pp. 55-77), es un estudio del pasaje de Arnobio, *Adversus nationes* VI 5 (reproducido íntegramente y traducido en

pp. 62-63), en el que se cita por primera vez las *Canarias Insulas* como uno de los confines del mundo conocido. El autor comenta pormenorizadamente las referencias a los cuatro puntos cardinales recogidas en el citado texto de Arnobio y llega a interesantes conclusiones entre las que se pueden destacar dos: podemos retrotraer hasta el s. III la denominación plural de las islas (el límite había sido establecido anteriormente en un texto del s. XIII); y se puede admitir con casi total certeza que un gran número de autores antiguos tenían en mente las Islas Canarias cuando hacían referencia a las míticas Islas de los Bienaventurados o Afortunadas.

El capítulo tercero, “La onomástica de las Islas Canarias de la Antigüedad a nuestros días” (pp. 79-153), como su propio título indica, se centra en el análisis de los nombres científicos de las Islas Canarias y en él se sientan las bases de lo que autor llama el estudio de la *nesonimia* y, más concretamente, de los problemas que plantea la *nesonimia canaria*. En este capítulo se ofrece al lector una importante selección de textos, algunos de ellos muy poco conocidos, cuyo estudio permite extraer una serie de conclusiones resumidas por el autor al final del trabajo en catorce puntos (pp. 150-153).

El capítulo cuarto, titulado “Sobre el conocimiento de las Islas Canarias en el *Trecento*: el *De Insulis* de Domenico Silvestri” (pp. 155-204), contiene una selección de textos, publicados anteriormente por el propio autor en *Philologica Canariensia* (nº 0, 1994), tomados del islario que da título al capítulo, obra pionera en su género. Como introducción a la obra objeto de estudio el Dr. Martínez ofrece previamente un sumario de las fuentes que preceden a la historiografía renacentista: grecolatinas clásicas y medievales, fuentes árabes, periplos y relatos de viajes, documentos eclesiásticos (entre los que destacan los vaticanos), la cartografía, los documentos en relación con el tráfico de esclavos, fuentes humanistas, los cronistas peninsulares y los islarios. Pero, si bien el autor deja constancia de que los textos están tomados de la edición primera que hizo del cronista florentino C. Pecoraro (1954), hemos de llamar la atención sobre la imprecisión de llamarlos textos *inéditos o casi inéditos para la historiografía canaria* (pp. 176, 200 y previamente en la introducción, p. 14), ya que podría inducir a errores innecesarios.

En el capítulo quinto, “Antonio de Nebrija y las Islas Canarias” (pp. 205-251), se comentan dos textos del humanista y de su contemporáneo L. Marineo Sículo. Este trabajo puede consultarse también en una versión bastante más reducida en las Actas del coloquio salmantino celebrado en 1992 y publicadas por la Universidad de Salamanca en 1994. Sabido es que Nebrija uno de los humanistas españoles que más información recoge sobre las islas y, consecuentemente, debe ser considerado como punto de partida inexcusable para el estudio de las Islas en el Renacimiento. Los textos, acompañados de traducción, aparecen reproducidos en el “Apéndice documental” (pp. 237-251) al final del trabajo, aunque también pueden leerse en las pp. 141-146 del capítulo tercero.

En el sexto capítulo, “El mundo clásico en la historiografía canaria” (pp. 253-255), el autor resume en no más de tres páginas una conferencia impartida con motivo de la celebración del XXV Curso de Estudios Canarios y en la que, haciendo gala de su condición de filólogo clásico, propone una revisión urgente del tratamiento recibido por la cultura clásica grecolatina en la historia y la literatura canarias. El autor explica en la ponencia el plan de trabajo y las líneas de investigación prioritarias en este campo y llama la atención sobre la necesidad de distinguir

exactamente en los estudios precedentes el buen hacer histórico-filológico de la mera especulación fantásica y carente del más mínimo cientifismo.

El séptimo capítulo, "Un nuevo libro sobre las Islas Afortunadas" (pp. 257-263), corresponde a una amplia reseña (*Philologica Canariensis* 0, 1994, 519-524) realizada por el autor a propósito del libro de V. Manfredi, *Le Isole Fortunate. Topografia de un mito* (Roma 1993). Pese a que se le puede criticar la falta de algunos textos emblemáticos y, sobre todo, que empiece su elenco de las Islas Afortunadas por Homero, autor que precisamente nunca las cita, el Pr. Martínez elogia el libro como el estudio más completo sobre la cuestión. Se trata de una importante aportación al estudio de las Islas a la que habría que sumar el libro de T. J. Cachey, continuación de la obra de Manfredi, que tiene a su cargo el estudio de las fuentes medievales, renacentistas y la literatura de los grandes descubrimientos. Ambos trabajos forman parte de un proyecto italo-americano de estudio de las tierras fabulosas del extremo oriental.

En cuanto al apartado bibliográfico, el lector se encuentra sobradamente asistido, ya que además de las abundantes referencias a pie de página de cada trabajo (o en las páginas finales como en el caso del primero) el autor adjunta un selecto, pero nutrido, repertorio bibliográfico (pp. 265-272) al que nosotros sumaríamos las aportaciones del propio autor a los volúmenes R.M<sup>a</sup> Aguilar- M. López Salvá- I. Rodríguez Alfageme (eds.), *Χάρις διδασκαλίας (Homenaje a L. Gil)* (Madrid 1994) y M. García Valdés (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas* (Madrid 1994), ambos trabajos citados en la p. 88, n. 19.

En definitiva, estamos ante un trabajo que, pese a ser recopilatorio de anteriores publicaciones, no deja de resultar interesante y novedoso, y cuya lectura suscita varias impresiones positivas. Hay que elogiar la amplia documentación de la que hace gala el autor no sólo en lo que toca a los textos antiguos, sino también en haber sabido aprovechar el "filón documental" que supone el manejo de las fuentes renacentistas en vernáculo y latín. Cabe destacar también la aplicación constante que el autor hace de su visión de experto filólogo clásico sobre los citados textos y que, desde ese prisma, se muestra con la solvencia sobrada para separar en ese ingente material lo verdaderamente histórico e interpretarlo en su justa medida. Pero lo más destacado es que el estudio no se acaba en estas páginas. Prueba de ello son la escuela y líneas de investigación creadas por el Profesor Martínez que se hacen patentes en los trabajos de investigación que bajo su tutela se están realizando y los proyectos que el propio autor anuncia y que permiten valorar cada uno de los trabajos recogidos en este volumen como el germen de una futura monografía.

R.J. Gallé Cejudo

TEODORO PRÓDROMO, *Rodante y Dosicles*. Traducción de J. A. Moreno Jurado, Madrid, 1996, LXV pp., 161 pp.

Una vez más, siguiendo su impecable línea editorial, Ediciones Clásicas pone en circulación la traducción de una de las novelas bizantinas más representativas del período convencionalmente conocido como época comnena, poniéndose así no sólo al servicio del mundo clásico, sino también medieval, como en otras ocasiones ha tenido el acierto de demostrar. Por las razones que su traductor expone (p. XVIII) en un suculento prólogo que más adelante comentare-